

Muñoz Torrero en Portugal

Autor: Rui Rosado Vieira

Edita: Departamento de Publicaciones del Congreso de los Diputados, Madrid, 2022

MUÑOZ-TORRERO EN PORTUGAL



RUI ROSADO VIEIRA

La reciente publicación de *Muñoz Torrero en Portugal* ha venido a suplir una de las lagunas más lacerantes en la bibliografía dedicada al clérigo de Cabeza del Buey. La otra, su paso por la Colegiata de Villafranca del Bierzo entre 1792 y 1808, a la que Juan García Pérez (1989) dedicó apenas un párrafo en su ya clásico estudio sobre el personaje, continúa siendo un misterio. A nuestro juicio, también saben a poco las apenas doce páginas, en una obra de trescientas seis, que el profesor Rui Rosado Vieira dedica a narrar el lustro que Diego Muñoz Torrero pasó

en el exilio de Campomayor, bajo la protección del rico e influyente José de Carvajal Flores Pizarro y Ovando. Y ello porque, salvo el asiento del bautismo de una nieta de su benefactor, oficiado por el propio Muñoz Torrero, poco más se añade a lo que el autor expuso en «Campo Maior no centro de un conflicto internacional nas primeiras décadas do Séc. XIX» (2020), que partía a su vez del artículo publicado en esta misma revista «Campo Maior: A Revolução Patriótica de 1808 e a Repressão Política de 1824-1834» (2017), donde transversalmente se elucubrara sobre la presencia de refugiados políticos españoles en este período.

El valor de esta obra, que sobrevuela sin disimulo la pluma de Luis Alfonso Limpo, estriba fundamentalmente en arrumbar el mito de los «treinta escalones», al que dio pábulo Antonio Fernández Muñoz Torrero en 1847. El martirologio ideado entonces por el sobrino, con evidentes reminiscencias a la «Escala Espiritual» de San Juan Clímaco, incluía un trágico desenlace en que el sanguinario João dos Reis Leitão, artífice de las torturas en la prisión de San Julián de la Barra, remataba al diputado liberal atándole una soga por los pies y arrastrándole por esos treinta escalones de madera mientras se golpeaba la cabeza. Esta versión, reproducida dos años más tarde en el segundo volumen del «Panteón de los Mártires Españoles» de Luis Cucalón y Escolano, fue continuada por todos los estudiosos que han tratado la figura de Muñoz Torrero hasta nuestros días, sin que consten, en efecto, fuentes documentales que la avalen. A falta de ellas, podría decirse

que el libro de Vieira da por superadas tan peregrinas conjeturas.

No obstante, en lugar de quedarse ahí, el autor cae a continuación en los mismos errores metodológicos que venía criticado en la páginas precedentes, pergeñando la hipótesis de la intoxicación a partir de la nota recogida por uno de los presos, boticario de profesión, que al examinar el cadáver de Muñoz Torrero advirtió vestigios que Vieira asocia rápidamente con el envenenamiento. A partir de aquí, construye una teoría detectivesca en torno a quien, sin ningún género de dudas, concluye que debe ser el asesino, empañando en buena parte la

excelente labor investigadora desarrollada hasta entonces. No se me ocurriría desvelar al criminal ni la intrahistoria en la que fue gestado el libro, finalmente editado por el servicio de publicaciones del Congreso de los Diputados, porque con sus luces y sombras resulta la única aportación novedosa a la biografía del insigne Diego Muñoz Torrero que hemos tenido oportunidad de leer en los últimos años, y como tal ocupará sin duda un lugar destacado en nuestras bibliotecas.

JACINTO J. MARABEL